

Los avatares del amor en la infancia y sus consecuencias.

Trabajo final de Grado: Monografía

Estudiante: Elsa Pellejero

C. I.: 1.454.469-6

DocenteTutora: Prof. Adj. Mag. Evelina Kahan

Montevideo, 30 de Octubre 2015

Índice

Índice	2
Resumen.....	3
Introducción	4
1. Concepto de amor para el psicoanálisis	6
2. Los mundos que habita el sujeto complejo	9
3. Mundo intrasubjetivo - Estructuración psíquica: Algunos pilares que lo sustentan y constituyen.....	13
3.1. El deseo parental – el hijo fantaseado	13
3.1.1. Mujer vs Madre	15
3.2. Lo transgeneracional	15
3.3. Nacimiento	16
3.4. Desamparo-indefensión en el infans.....	17
3.5. La función materna.....	18
3.6. Apego y figura de apego	22
3.7. La vivencia de satisfacción y los procesos del psiquismo	24
3.8. El rol de la mirada.....	27
3.9. Función paterna – función de corte	29
4. Avatares no resueltos y sus consecuencias	32
5. Consideraciones finales	36
6. Referencias Bibliográficas.....	39

Resumen

En procura de comprender las consecuencias de los avatares del amor en la infancia, este trabajo hace un recorrido bibliográfico, cuyo abordaje intenta realizarse desde el paradigma de la complejidad, con los aportes del enfoque vincular a la intersubjetividad y transubjetividad que complementan el enfoque intrapsíquico, para pensar la clínica de niños.

Para la indagación se abordan tanto autores clásicos, como contemporáneos, del psicoanálisis y el enfoque vincular.

En el trabajo se revela la importancia de los vínculos primarios, así como de las características psíquicas y emocionales de los padres para realizar sus funciones. Los sujetos se constituyen a partir de “ser” y “estar” con otros, los avatares del amor parecen condicionar no solo la calidad vincular sino la constitución del sujeto.

Palabras claves: amor, vínculo, estructuración psíquica

Introducción

La elección del tema para esta monografía surge de mi experiencia en la clínica de niños. Allí se expresan distintos motivos de consulta tales como: problemas de conducta, hostilidad, agresividad, inhibición y/o problemas con el aprendizaje. Estas manifestaciones del niño suelen ocultar el desamparo y la tristeza entre otros.

Cuando se realizan las entrevistas de padres, es posible observar como la calidad vincular parento-filial presenta un amplio espectro (indiferencia, negligencia o irresponsabilidad, sobreprotección asfixiante, etc.). Cuando se profundiza la indagación en la historia de los padres, se observa que el rol de éstos, entre otros aspectos, también está influenciado por sus vivencias como hijos, y esto repercutiría en el vínculo.

Arfouilloux (1986), dice a propósito de esto:

En algunos casos esa tristeza, expresada por el niño en su comportamiento y sus dificultades personales, es menos la suya propia que la de su entorno y que el niño en cierta forma se ha identificado con ella." "La tristeza del niño puede no ser aparente, permanecer oculta tras una excitación engañosa y una falsa jovialidad que engañan, y tiene una función defensiva contra la depresión." (p. 13) "La tristeza como la risa es contagiosa,(...), a padres tristes hijos tristes. (p. 17).

De allí, para pensar la clínica de niños y sus problemáticas de desamparo, considero la importancia de profundizar en los vínculos primarios y sus consecuencias en el desarrollo psico-afectivo del niño, contemplando el enfoque vincular y sus aportes relativos a la intrasubjetividad, intersubjetividad y transubjetividad, que complejizan el enfoque intrapsíquico.

La sociedad ha sufrido transformaciones desde que Freud desarrolló el psicoanálisis, y también han cambiado los paradigmas desde donde se concibe al sujeto. Si bien no pretendo hacer un recorrido histórico de los diferentes modos de producción de subjetividad, como tampoco de los intereses que han movido a la construcción de algunas ideas, (ya que esto sería motivo de otro trabajo), sí forman parte de mi esquema referencial como diría Pichon Rivière.

Muchos de los temas que se irán abordando a lo largo de este trabajo, de profundizar cabalmente en los mismos, cada uno de ellos, ameritaría una monografía distinta. El desarrollo de estos puntos, se expresan con la intención de dar cuenta de aquellos aspectos que he considerado esenciales para comprender cuáles son los

avatares con los que se debe enfrentar el amor; así como también comprender, las consecuencias que los mismos acarrearán en sus desventuras.

Si bien Lacan (citado en Roldán, 1999), considera que toda demanda es una demanda de amor, podríamos pensar que el amor del otro y/o sus desventuras, la calidad vincular y lo socio cultural, se articulan para construir sujetos y subjetividades; pues los avatares del amor parecerían condicionar no solo la calidad y la construcción de los vínculos, sino que además, intervendrían esencialmente en nuestra construcción como sujeto.

1. Concepto de amor para el psicoanálisis

La génesis del amor y del odio Freud (1915/1986b) lo expresa de esta manera:

El amor proviene de la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica, por la ganancia de un placer de órgano, una parte de sus mociones pulsionales. Es originariamente narcisista, después pasa a los objetos que se incorporaron al yo ampliado, y expresa el intento motor del yo por alcanzar esos objetos en cuanto fuentes de placer. (p.133).

“La palabra “amar”, se instala,(...) en la esfera del puro vínculo de placer del yo con el objeto, y se fija en definitiva en los objetos sexuales en sentido estricto y en aquellos objetos que satisfacen las necesidades de las pulsiones sexuales sublimadas”. (Freud, 1915/1986b, p. 132).

La primera meta sexual sería el “incorporar o devorar”, donde se suprime la existencia del objeto como algo separado y que Freud denomina ambivalente. En la fase sádico-anal el objeto es alcanzado por “el esfuerzo de apoderamiento”, y le es indiferente el daño o aniquilamiento del objeto. (Freud, 1915/1986b).

Con “la organización genital el amor deviene el opuesto del odio”. El odio es anterior al amor, nace de “la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos”. (Freud, 1915/1986b, p.133). Por lo tanto, esta ambivalencia amor-odio “proviene de las etapas previas de amar no superadas por completo” y en otras surgen “del conflicto entre los intereses del yo y del amor que pueden referir a motivos reales y actuales”. “Cuando el vínculo de amor con un objeto determinado se interrumpe, no es raro que lo remplace el odio, por lo cual recibimos la impresión de que el amor se muda en odio.” (Freud, 1915/1986b, p. 134).

La oposición amar- ser amado, pasaje de la actividad a la pasividad, se explica como la pulsión de ver y del sadismo; “según sean el objeto o el sujeto los que se permuten por uno ajeno, resultan las aspiraciones de meta activa, el amar, o la de meta pasiva, el ser amado, de las cuales la segunda se mantiene próxima al narcisismo.” (Freud, 1915/1986b, p. 128).

Lacan (citado en Roldán, 1999), en el seminario IV introduce la noción de demanda. La demanda (al analista), es siempre demanda de amor. “Reemplaza la noción de relación de objeto, por las categorías de la falta de objeto”. (p.8).

Esta falta estaría representada en su teoría por: la castración, la frustración y la privación. Para su tesis, introduce un juego entre la frustración (negación de un don) y “la satisfacción del amor como satisfacción esencial”. (Roldan, 1999, p.9). Presenta a la madre por un lado como devoradora, (madre cocodrilo) y por otro es la madre que tiene el don. “El don es símbolo de amor, es símbolo de una presencia capaz de colmar de bienes”. (Roldán, 1999, p.9.)

Donde la “llamada” (significante del grito del niño), es respondida por ese Otro. La presencia del “Otro” primordial está signada por la risa del bebé, a diferencia de Freud que la consideraba como signo de satisfacción de una necesidad. (Roldán, 1999, p.9).

También la madre puede no responder la “llamada”, rehusando el don, y deviniendo ese primer “Otro”, “madre real, pura potencia (omnipotencia), de no dar”. (Roldán, 1999, p. 9).

Este autor alude a que en la clínica, “la pretendida armonía amorosa madre-hijo es un fantasma que encubre una desarmonía fundante, que tiene que ver con las distintas posiciones de la sexualidad femenina en la madre”, y “a su posición en relación al significante de la castración”. (Roldán, 1999, P.10).

“Lo que se demanda (en la transferencia) es ser amado”. “Se coloca al analista en el lugar del ideal del yo, desde donde el analizante se inviste como un yo ideal”. (Roldán, 1999, p.11).

“El que demanda pide que se obture su falta, que se suture la falla estructural del ser humano, (...), y es eso justamente lo que el Otro no tiene y que sin embargo da.” “Amar es dar lo que no se tiene”. (Roldán, 1999, p. 11).

Erich Fromm (1980), en su libro “El arte de amar”, define al amor como “el arte de dar”. Para este autor como todo arte requiere de una teoría, una práctica, esfuerzo y un proceso de aprendizaje y además que la persona ponga todo su ser en ese objetivo.

La capacidad de amar como acto de dar depende del desarrollo caracterológico de la persona. Presupone el logro de una orientación predominantemente productiva, en la que la persona ha superado la dependencia, la omnipotencia narcisista, el deseo de explotar a los demás, o de acumular, y ha adquirido fe en sus propios poderes humanos y coraje para confiar en su capacidad de alcanzar el logro de sus fines. En la medida en que carece de tales cualidades tiene miedo de darse, y por lo tanto, de amar. (Fromm, 1980, p.35).

El amor para Fromm (1980), es la preocupación activa por la vida y el crecimiento de lo que amamos. La capacidad de amar es dar sin esperar nada a cambio, e implica cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento, elementos interdependientes y comunes a todas las formas de amor.

La mayoría de los autores psicoanalíticos y de otras corrientes de la psicología coinciden con este autor en la importancia del cuidado materno para el desarrollo psicoemocional del infans. Define la responsabilidad como el estar listo y dispuesto a responder, estar comprometido con el cuidado.

“El respeto es la capacidad de ver a una persona tal cual es, tener conciencia de su individualidad única” (Fromm, 1980, p. 37). Para eso es necesario haber alcanzado la independencia. Respetar a alguien implica conocerlo y se conoce a través de “la experiencia de unión”. (Fromm, 1980, p. 39).

2. Los mundos que habita el sujeto complejo

La concepción clásica del psicoanálisis, considera al individuo en una dinámica conflictiva, donde la vida anímica se concibe gobernada por fuerzas en conflicto, (polaridades biológica, real y económica). Es una concepción determinista, basada en el paradigma de la simplicidad. “La simplicidad ve a lo uno y ve a lo múltiple, pero no puede ver que lo Uno, puede al mismo tiempo, ser Múltiple.” Este paradigma “separa lo que está ligado (disyunción) o bien unifica lo que es diverso (reducción)”. (Morin, 1998, p.89).

El paradigma de la complejidad introduce lo azaroso, el orden y el desorden conviven para organizar el universo.

A partir de esto Morin (1980), concibe al sujeto, no como un individuo en su singularidad o en su diferencia con otro, en ser consciente o en tener afectividad, sino que: “Ser sujeto es ponerse en el centro de su propio mundo, ocupar el lugar del “yo””. (p.97).

El ser sujeto, es ser autónomo, siendo, al mismo tiempo dependiente. Es ser algo provisorio, parpadeante, incierto, es ser casi todo para sí mismo, y casi nada para el universo.” Al decir “yo” (...) “al ponernos en el centro de nuestro mundo, ponemos también a los nuestros: es decir, a nuestros padres, nuestros hijos, nuestros conciudadanos, y somos incluso capaces de sacrificar nuestras vidas por los nuestros. (Morin, 1980, p. 97).

Según Morin (1998) la complejidad se rige por tres principios:

1. El principio dialógico, “permite mantener la dualidad en el seno de la unidad”, “son complementarios antagónicos”, (Morin, 1998, p. 105), (amor-odio, eros-thanatos, dependencia-independencia, ilusión-desilusión, etc., forman parte de la unidad que nos constituye).
2. El principio de recursividad organizacional. “Los individuos “somos los productos de un proceso de reproducción que es anterior a nosotros”, y, “una vez que somos producidos, nos volvemos productores del proceso que va a continuar”. (Morin, 1998, p. 106-107).
3. “El principio hologramático está presente en el mundo biológico y el mundo sociológico”. “El todo está en la parte que está en el todo”. (Morin, 1998, p. 108). El código genético está presente en cada célula individual. El sujeto es parte de la

sociedad, y la sociedad está presente en cada sujeto, a través del lenguaje, la cultura y las normas.

Berenstein (2004) por su parte, propone que el sujeto habita tres mundos: “el interno, el de los otros, de la familia, y del mundo social, son tres distintos entre sí y ajenos” (p.47). El sujeto es producido en el interjuego de lo intrasubjetivo, lo intersubjetivo y lo transubjetivo y a su vez es productor de subjetividad. Estos mundos “instituyen una subjetividad y es el sujeto quien los relaciona”. (p. 47).

Krakov, Pachuk (1998), definen estos tres espacios psíquicos para la teoría vincular:

- a) El espacio intrasubjetivo, (intraprésico para la teoría clásica), es unidireccional, se dirige del yo hacia afuera. “Estaría conformado por representaciones del yo corporal, productos de funcionamientos auto-eróticos y de fantasmas de auto-engendramiento. Sus componentes son: la pulsión, el deseo, la fantasía y las relaciones de objeto”. (p.447).
- b) El espacio intersubjetivo es bidireccional, devendría de la relación con los otros. Contiene la representación inconsciente de los otros dentro del psiquismo, que incluye a los acuerdos y pactos inconscientes.
- c) El espacio transubjetivo contiene “las representaciones del mundo externo real, (social, y físico) que el Yo adquiere desde lo originario directamente así como por la mediatización del superyó de los objetos parentales”. Puget, (citado en Krakov, Pachuk, 1998). Esta autora incluye a la madre como portavoz y a la cultura de forma directa en el psiquismo del infans.

Retomando a Berenstein (2004), este plantea que el sujeto se constituye mediante la identificación “el ser como”, (...), “ser semejante”, (...), “ser mediante lo que el otro posee” Klein (citado en Berenstein, 2004, p.30), y la imposición que se da a partir de pertenecer a una relación y “aceptar que se es instituido por ella”. (p. 30).

La imposición, (...), siempre es originaria, se dé en las primeras etapas de la vida con los otros parentales, o en otros períodos como en la adolescencia, en la constitución de la pareja y la familia; en suma, se da en el parentesco y en la pertenencia social. (Berenstein, 2004, p.30).

Identificación e imposición son con y desde el otro, inicialmente tanto con los padres como con los otros del medio social que establecen en el bebé marcas inconscientes, que hacen a la fundación del psiquismo y empujan una forma de ser y de pertenecer. (Berenstein, 2004, p.32)

Sobre la base de la identificación se produce un yo escindido y sobre la base de la imposición se produce el sujeto múltiple. El sujeto se sostiene en la pertenencia inherente al vínculo y en la identidad inherente al yo, ambos concurren en la construcción de la subjetividad. (Berenstein, 2004, p.32).

Este autor considera que “no es posible el vínculo sin una relación de presencia” (Berenstein, 2008, p.114), marcando la diferencia con la relación de objeto que sería la fantasmática. Este autor plantea que en la presencia se juega lo semejante y lo ajeno, hay una parte del sujeto que siempre es inaccesible al otro, eso representaría la ajenidad.

Es la ajenidad la que define lo que se podría llamar presencia propiamente dicha. La incertidumbre y la inevitable espera del reencuentro se invisten de ambivalencia. Se encuentran el deseo amoroso de volver a tener al otro y la hostilidad porque el otro demora en venir, lo cual puede ser registrado como falta de amor, como no reconocimiento y, especialmente, como no teniendo un lugar en la mente del otro. No hay herida tan profunda para el yo como la fantasía de no tener existencia en el otro. La presencia propiamente dicha despierta perplejidad, que puede orientarse hacia la curiosidad por conocer o hacia la desconfianza, ya sea porque no coincide con lo conocido o porque se lo hace coincidir con un objeto persecutorio. (Berenstein, 2004, p.38)

La noción de vínculo propuesta por Berenstein (2004), difiere de la noción propuesta por Kâes (citado en Jaroslavsky, Morosini, 2012), que es la siguiente:

Un vínculo es el movimiento más o menos estable de investiduras, representaciones y de acciones que asocian a dos o más sujetos para ciertas realizaciones psíquicas: cumplimiento de deseos, protección, defensa, levantamiento de prohibiciones, acciones comunes (hacer, jugar, disfrutar juntos, amar juntos, etc.). “Llamo vínculo a la realidad psíquica inconsciente específica construida por el encuentro de dos o más sujetos”. El vínculo es un asunto con el otro. Esos otros no son solamente figuraciones o representaciones de pulsiones, de objetos parciales, representaciones de cosas o palabras, del sujeto mismo; los otros son irreductibles a lo que ellos representan para un otro”. Kâes (citado en Jaroslavsky, Morosini, 2012).

La concepción de Kâes, (citado en Jaroslavsky, Morosini, 2012), implica que dos sujetos entran a la relación que se produce a posteriori, desde su origen individual, su pasado infantil, su subjetividad, según Berenstein (2008). Este autor propone pasar a una concepción en la que “el vínculo entre dos es un punto de partida del proceso de subjetivación propio de la pertenencia a ese vínculo, que a su vez liga lo pasado, (...), con lo actual (los sucesos) que está en un afuera.” (Berenstein, 2008, p. 107).

En una familia hay vínculos de sangre que corresponden al parentesco (madre, padre, hijo) y vínculos de alianza, que son compromisos recíprocos entre las personas, por ejemplo el matrimonio, donde se establece un contrato. (Berenstein, 2008).

Esta alianza o contrato tiene que ver con el aspecto manifiesto del vínculo que Piera Aulagnier (1993), define como el contrato narcisista que se produce en toda relación entre dos o más sujetos. Este contrato “designará lo que constituye el fundamento de toda posible relación sujeto-sociedad, individuo-conjunto, discurso singular-referente cultural”. (p.19).

El niño adviene a un espacio familiar que a su vez está inmerso y pertenece a un escenario extra familiar, lo socio-cultural. “La catectización del niño por parte del grupo anticipa la del grupo por parte del niño”. (Aulagnier, 1993, p.164)

La familia, los padres, los abuelos, hermanos, etc., pertenecen al grupo de parentesco y sostienen múltiples vínculos entre ellos y con el bebé. Consciente e inconscientemente contribuyen a la producción de subjetividad del pequeño con sus ideas, creencias, valores, mandatos, conflictos, etc. En ese entramado de relaciones circulan los afectos, los deseos, las prohibiciones, y la cultura.

3. Mundo intrasubjetivo - Estructuración psíquica: Algunos pilares que lo sustentan y constituyen.

3.1. El deseo parental – el hijo fantaseado

Nada de lo que le sucede a un niño antes de su nacimiento carece de importancia, pues durante este período crítico tanto el desarrollo físico como psíquico, exhiben la sincronización más perfecta y la más elaborada correlación, lo cual demuestra otra vez lo infundado de disociar “cuerpo” y “psique” como si fueran dos entidades separadas y luego articuladas de alguna manera. (Rodulfo, 2005, p. 177).

El deseo de tener un hijo comienza mucho antes de concebirlo, en la mujer podríamos rastrearlo en la infancia de la niña, cuando juega con las muñecas a las madres, donde ella personifica a su propia madre y a través del juego simboliza sus vivencias con ésta.

Varios autores coinciden en la importancia de que el embarazo haya sido deseado, porque esto asegura en la “anticipación del sujeto por venir”, la aceptación del niño que luego favorece el “sostén narcisístico”. Aquí es donde se jugará el ser o no ser el falo de la madre. El falo imaginario, introducido por la madre en la relación madre-hijo, surge de su propia incompletud, y esa falta es la responsable de su deseo de tener un hijo y de la “ilusión de obtenerlo”. (Flesler, 2007, p. 46-47).

Con ese deseo se engendra y se despierta,(...), un ansia sostenida de completud. Más tarde, esta expectativa se revelará en el niño,(...), como un movimiento de empuje que lo llevará, a proponerse como aquel que imaginariamente cubre las expectativas provenientes de la falta del Otro. (Flesler, 2007, p.44).

Cuando se sigue adelante con un embarazo no deseado y la madre siente rechazo o lo niega, esa negación y perturbación es transmitida al niño durante la gestación y es posible que continúe después del nacimiento, no llegándose a constituir el niño como “el falo de la madre”. (Bleichmar, 1984, p.41).

“El deseo del padre será promotor de una “operación nominante” que efectiviza un enlace”. Lacan (citado en Flesler, 2007, p.48).

Al hombre ser nombrado como padre, “hace que su deseo pierda anonimato, introduce con ello al niño en la filiación y así direcciona la prohibición del incesto, que siempre es con la madre para ambos, para la nena y para el varón”. (Flesler, 2007, p.49).

Gracias a la tecnología hoy sabemos que dentro del útero, el bebé percibe los sonidos, los impactos externos que pueda sufrir la madre y reacciona a la voz de ésta, a la música, también a sus estados de ánimo. Este es el momento en que la pareja y sobre todo la madre comienzan a fantasear con su futuro hijo. Hoy en día se puede saber el sexo en etapas muy tempranas, favoreciendo la construcción de la imagen del hijo/a y la anticipación de las posibles características del bebé. Se elige el nombre, se imagina a quien se va a parecer, como será cuando sea grande, se fantasea con que éste pueda lograr lo que ellos mismos no pudieron o por el contrario que continúe con el legado de lo conquistado.

“Cuando alguien es concebido, ya entra en una cadena de representaciones en la que va a ocupar un eslabón”. (Janin, 2011, p. 16).

¿Qué sucede cuando la madre se encuentra frente al hijo real y lo compara con el hijo deseado, fantaseado, idealizado? ¿Coincide o no?

Al enfrentarse con su hijo, la madre comienza a percibirlo con todos sus sentidos, su piel, su olor, los diferentes llantos, la sonrisa, los movimientos, la forma de alimentarse, etc., y responde como puede a sus señales, las interpreta, las codifica, entre otras cosas, de acuerdo a como ella vivió esos cuidados con su madre. En este momento se reeditan sus propias vivencias como hija, a esto se le agrega el sentido de ese bebé para ella y la familia.

Puede en estos momentos comparar sus fantasías con la realidad actual, poniéndose en juego si el bebé coincide o no con el bebé fantaseado. Estas vivencias pueden provocar confusión y condicionar la reacción ante las demandas del niño.

El ocupar el lugar de hijo deseado-no deseado, podría condicionar el futuro encuentro, el vínculo afectivo que se construiría en los primeros tiempos después del nacimiento.

Freud (1914/1976), en “Introducción al Narcisismo”, se refiere a los deseos no cumplidos de los padres que ahora tienen una segunda oportunidad en el hijo. Los padres lo invisten libidinalmente desde su propio narcisismo, colocándolo en el centro del universo, dando origen al narcisismo primario del niño.

El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas, cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y

realmente debe ser de nuevo el centro del núcleo y la creación; His Majesty the Baby, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su transmutación al amor de objeto, revela inequívoca su prístina naturaleza. (Freud, 1914/1976, p. 87).

Por su parte Flesler (2007) destaca la importancia del deseo materno:

Respecto al nacimiento de un hijo, el idilio es un tiempo necesario para que haya representación, solo que la representación tanto imaginaria como simbólica contiene un carozo real, trozo no representable. (...) Sin esa ilusión, el niño podría ser descuidado y hasta abandonado. No entraría jamás en la economía libidinal del Otro materno. (p. 48)

3.1.1. Mujer vs Madre

La mujer ahora convertida en madre por la presencia de su hijo, debe afrontar y aceptar un nuevo rol, ahora es responsable por la vida y el desarrollo del bebé.

Se ponen en juego sus temores, sus fantasías, sus proyectos. La calidad vincular construida con sus padres despiertan miedos y deseos de ser igual a aquellos o de ser diferente. A esto se suma el vínculo con su pareja, con la familia y el contexto social. Una mujer puede sentir que la maternidad la expande, la potencia y sentirse feliz o puede verse afectada en su narcisismo e identidad cuando otros intereses compiten con ésta. (Dio Bleichmar, 2013).

Esta mujer se enfrenta a las valoraciones socio-culturales de la época. En la actualidad se valora tanto a la “buena” madre, como al desarrollo personal, profesional y la autonomía, por lo que resulta a veces difícil conciliar estas funciones y roles.

Los múltiples conflictos a los que se enfrenta la madre, las angustias, y “la indefensión que puede sufrir ante la tarea de la maternidad”, (...) “contrastan de forma marcada con el concepto de fantasía de omnipotencia materna que puede desarrollar el niño durante su desarrollo”. (Dio Bleichmar, 2013, p. 165).

3.2. Lo transgeneracional

No nos constituimos como sujetos para luego vincularnos. El itinerario es el opuesto. Nacemos en un mundo de significaciones que nos preceden y nos atrapan, mucho antes que nuestra cogitación conquiste alguna autonomía. O -en términos de Freud-

pertenecemos a muchas “almas colectivas” antes de conquistar una parcela de individualidad y singularidad. (Viñar, 1997, p. 23)

Al nacer el bebé recibe a manera de “reparto de cartas familiar” como dice metafóricamente Ortigués, Ortigués (1987), un lugar en la genealogía, un nombre, una historia materna y paterna repleta de encuentros y desencuentros, de conflictos y logros. Desde este lugar sus padres lo invitan a vivir, a jugar su propio juego y a su vez le piden continuar con lo que a través de él sigue jugándose para ellos.

Llamemos “reparto de cartas familiar” a este acerbo de rasgos suministrados al comienzo, señalando, no obstante, que las cartas, en el juego, se distribuyen al azar, mientras que el niño recibe rasgos organizados cuyas relaciones internas él mismo tendrá que descifrar. Un niño no puede modificar las cartas que recibe, pero las puede utilizar, jugar de maneras diversas. (Ortigués, Ortigués, 1987, p. 43).

Lebovici (1995), por su parte se refiere a que a veces el recién nacido sufre accidentes o problemas de salud, que pueden ser consecuencia de sucesos vividos por sus ancestros y por lo tanto no tiene que ver con las nuevas estructuras familiares.

Independientemente de cuáles sean las diferencias estructurales de las clasificaciones familiares, las relaciones interpersonales que aquí se edifican son sostenidas por comunicaciones estables, múltiples, recíprocas e interactivas. Estas relaciones le dan un sentido retroactivo a los sucesos de la vida que aparentan no ser significativos cuando no se los religa a las vicisitudes y accidentes que sobrevienen en la salud y el desarrollo del bebé. Al mismo tiempo, la cadena transgeneracional inscribe sus alegorías en la epigénesis de aquello que sucede en el bebé, quien, una vez venido a la vida, asienta en su destino las consecuencias de los sucesos felices y tristes que viven sus padres.” (Lebovici, 1995, p. 63).

3.3. Nacimiento

Llegado el final del embarazo el bebé para sobrevivir tiene que dejar su envoltura. El trabajo del parto es producido por madre -hijo de forma activa. Con el nacimiento al cortarse el cordón que los une, se produce el trauma del nacimiento, la primera separación (biológica) entre ambos.

Esto representa una pérdida para ambos y a la vez los dos enfrentan un desafío: para la madre, la maternidad con todo lo que ello implica, además de continuar siendo mujer, esposa, hija, etc.; para el bebé, lo primero es conservar la vida, para lograrlo debe adaptarse al mundo que lo rodea, y conquistar el amor del otro (la madre), para

que lo alimente y lo cuide. Se inicia un camino de adaptación e integración a un mundo que lo precede y que desconoce.

Durante el embarazo madre-hijo constituyen una unidad biológica y psíquica, y en el imaginario del niño esta unión se continúa varios meses después del nacimiento. El volver a ser uno con la madre es la fantasía primordial que todo sujeto va a querer repetir a posteriori. Para Fromm (1980), el deseo de fusión del sujeto “constituye su pasión más fundamental, la fuerza que sostiene a la raza humana, al clan, a la familia, y a la sociedad.” (p. 27).

3.4. Desamparo-indefensión en el infans

El infans nace prematuro, esto lo hace dependiente de otro auxiliar que lo asista en sus necesidades materiales y amorosas para sobrevivir. De esta característica surge el concepto de desamparo-indefensión como plantea Myrtha Casas de Pereda (1988), en el artículo “El desamparo del desamor”. Este concepto marca “las carencias en el campo del otro (lo que no ampara)”, y la fragilidad del recién nacido (indefensión), e incide a lo largo de toda la infancia.

Continúa diciendo:

Amparo implica otro que rodea y remite a todo aquello del orden de la realidad efectiva que protege de las fuerzas exteriores, del posible daño. Y al mismo tiempo implica en el orden de la vivencia (fantasía), la necesidad expresa de un afecto, del compromiso libidinal del otro de esa función de cuidado y protección. Desamparo queda así muy próximo (también en su etimología) a desamor, desamparado, desamado. (Casas, 1988).

Laplanche, Pontalis (1983), define el “estado de desamparo” para el psicoanálisis, como el estado del lactante que, dependiendo totalmente de otra persona para la satisfacción de sus necesidades vitales, se halla impotente para realizar la acción específica adecuada para poner fin a la tensión interna. (p. 94).

René Spitz (citado en Laplanche, Pontalis, 1983), remarca la importancia de lo afectivo en la relación madre-hijo. Él estudió y comprobó que cuando el niño es separado de su madre durante los primeros 18 meses de vida, y es cuidado en una institución sin crear un lazo afectivo, éste sufre graves perturbaciones en su desarrollo físico y psíquico pudiendo llegar a la muerte. Esta perturbación en la relación madre-hijo la denominó hospitalismo, y refiere a la carencia afectiva total. Se diferencia de la depresión anaclítica, ya que ésta, aparece cuando el niño ha tenido una relación

sana con su madre y sufre una privación afectiva parcial, que puede desaparecer al reencontrarse con ella.

3.5. La función materna

Winnicott a partir de lo desarrollado por Freud, se enfoca en lo que hace a la continuidad existencial del infans para la instauración del yo, basado en la dependencia absoluta del niño y el estado de “preocupación maternal primaria”. Luego se refiere a que la madre debe “fallar” en el sentido de estar presente y también ausente. Otro de sus focos son los fenómenos y objetos transicionales.

Al principio el bebé como tal no existe, lo que hay es una díada. “Existe una identificación-consciente pero también profundamente inconsciente- entre la madre y el pequeño”. (Winnicott, 1979a, p. 406).

Winnicott (1979a), desde la clínica observa que durante la gestación y las primeras semanas después del nacimiento, la madre va aumentando su sensibilidad a medida que se acerca al final del embarazo, alcanzando un estado psicológico que él denomina: “preocupación maternal primaria”, y dice que es necesario que esto suceda con la madre cuando el niño comienza a existir. Es un estado organizado, donde ella se encuentra replegada o disociada, es casi una “enfermedad normal” que la vuelve sensible y delicada ante las necesidades del niño. Para alcanzar este estado, y luego recobrase de él cuando el niño la libera, la mujer debe estar sana (psico emocionalmente). Este “estado” le hace posible a la madre ponerse en el lugar del niño y satisfacer primero sus necesidades corporales y luego las necesidades del yo.

De esta manera favorece la tendencia innata al desarrollo del niño, que es previa a la instauración de los patrones instintivos. El bebé no resulta perturbado por las “reacciones ante los ataques” ya que estas reacciones, dice el autor, pueden interrumpir “la suficiencia de la continuidad existencial” que constituye la base para la instauración del yo. (Winnicott, 1979a, p. 407-409).

Empieza a existir una relación yoica entre la madre y el pequeño, relación de la que la madre se recupera, y a partir de la cual el niño puede a la larga edificar en la madre la idea de una persona. (Winnicott, 1979a, p. 410).

Según este autor cuando el niño pasa varias veces por la experiencia de amenazas de aniquilación y se recupera, esta recuperación le produce confianza y la capacidad del yo para enfrentarse a la frustración instaurándose la primera organización del yo.

Por su parte, Bion (1966) aporta el concepto de “Función Rêverie” (ensueño). Alude al estado mental de la madre, que en sintonía con las necesidades de su hijo, le presta su psiquis y logra calmarlo. En las primeras etapas el infans recibe múltiples estímulos del exterior e interior que todavía no puede decodificar, es entonces cuando la madre mediante la “función alfa” contiene y procesa los elementos no metabolizados por el bebé, y se los devuelve de manera que él los pueda procesar y pensar. De esta manera va estructurando su proceso de pensamiento. Por identificación proyectiva el bebé expulsa los elementos beta y la madre le expresa su amor a partir de la capacidad de Rêverie. Ella se relaciona con los sentimientos de amor-odio del bebé, ofreciéndose como continente, transformando la necesidad en satisfacción, el dolor en placer.

Winnicott (1979), resalta la importancia de una madre “suficientemente buena”, que sea capaz de adaptarse activamente a las necesidades del niño al principio en forma exacta, y luego va disminuyendo poco a poco, para permitirle tolerar la frustración, y así posibilitarle pasar del principio de placer al principio de realidad. Se trata de una madre que pueda dosificar su presencia - ausencia y de esta manera que el niño comience a sentir la certeza de que no está solo y no se angustie. Al principio la madre es pura presencia y a medida que ambos van encontrando el ritmo y se van conociendo, ella le permite al niño estar solo en su presencia.

Asociado al concepto de “madre suficientemente buena”, Winnicott (1980), desarrolla el concepto de “madre medio ambiente”, que reúne los conceptos de holding, handling, y presentación de objetos; donde la manera adecuada de atender corporalmente al bebé favorece su desarrollo y el proceso de personalización.

El holding es la capacidad de la madre de identificarse con su hijo y de sostener en sus brazos, de contener. Las fallas en el holding provocan sensación de desintegración y de caída causando que el bebé se angustie, amenazando la continuidad existencial. (Winnicott, 1980).

El handling es la asistencia corporal, la forma de manipular, acariciar, vestir, higienizar, con las cuales el bebé va desarrollando una asociación psique-soma que le permite percibir lo real como distinto a lo irreal. Favorece la coordinación, y la experiencia del self (sí mismo). Las fallas en la manipulación dificultan el desarrollo psicomotriz y el tono muscular. Madre e hijo constituyen al principio una unidad psicosomática que le permite al niño conocer su propio cuerpo, siempre que la madre pueda realizar adecuadamente el holding y handling. (Winnicott, 1980).

“La presentación de objetos, promueve en el bebé la capacidad de relacionarse con los objetos” del mundo y la creatividad. (Winnicott, 1980, p. 34).

Winnicott en todo momento destaca la importancia de la función materna, sin importar quien la realice, si es la madre real, mejor, sino debe haber alguien que se ocupe de realizarla. Considera vital el papel de la “madre medio ambiente” del niño antes de la separación no-yo/ yo.

En las primeras etapas del desarrollo emocional del niño desempeña un papel vital el ambiente, que en verdad aún no ha sido separado del niño por éste. Poco a poco se produce la separación del no-yo y el yo, y el ritmo varía según el niño y el ambiente. Los principales cambios se producen en la separación de la madre como rasgo ambiental percibido de manera objetiva. (Winnicott, 1979, p.147).

Blinder et.al, (2004), lo resumen de esta forma:

“La historia de un bebé, (...), hay que pensarla en términos del ofrecimiento de un ambiente que satisface sus necesidades de dependencia o que, al contrario, no logra satisfacerlas.” El Otro (madre) interpreta las necesidades del niño y en este permanente intercambio, una madre “suficientemente buena”, dejará el espacio necesario para que su bebé acepte su ausencia, pero no tanto como para que se transforme en un agujero.” De este juego de ausencia-presencia,(...), el bebé crea su espacio. Se trata de que el espacio del propio cuerpo del niño, tiene “permiso” para ir habitando su cuerpo, explorando sus límites y posibilidades.”(p. 80-81).

Winnicott (1979), considera que el niño gracias a la capacidad de la madre de adaptarse a sus necesidades tiene “la ilusión de que lo que él cree, existe en la realidad”. (p. 32). Este tiempo de ilusión está dominado por la omnipotencia y la magia en el niño.

“El bebé crea el pecho una y otra vez a partir de su capacidad de amor”. (Winnicott, 1979, p.28).

Primero la madre tiene que favorecer la ilusión, para luego poder desilusionarlo de a poco, previamente al destete y si todo sale bien, queda preparado el escenario para las frustraciones. Aquí este autor introduce el problema que se le presenta al ser humano entre lo que percibe objetivamente y lo que considera subjetivamente, ubicando su génesis en los cuidados de la madre. Esto le permite a este autor pasar a conceptualizar los fenómenos transicionales.

Los fenómenos transicionales representan las primeras etapas del uso de la ilusión, sin las cuales no tiene sentido para el ser humano la idea de una relación con un objeto que otros perciben como exterior a ese ser". (Winnicott, 1979, p. 29).

En esa zona intermedia entre el adentro y el afuera, es donde se produce la primera experiencia del bebé, dando paso a los objetos y fenómenos transicionales que pertenecen al reino de la ilusión, posibilitando el juego.

"Esta tercer área asegura una transición entre el yo y el no-yo, la pérdida y la presencia, el niño y su madre" Pontalis (citado en Winnicott, 1971, p. III). En este espacio es donde se van a producir en el adulto, las experiencias del arte, la religión, la ciencia, la imaginación. Dicha zona intermedia es una zona de experimentación, reflexión, y producción. (Winnicott, 1979).

"Un Otro que le presenta el mundo al bebé, pero que a la vez le permite hacerse la ilusión de estar creando el mundo; manteniendo de este modo un espacio transicional. Un espacio que le permite al bebé experimentar con su omnipotencia, descubrir su entorno, crear y vincular lo creado con lo real. El proceso de estructuración de un sujeto, va desde un espacio de ilusión, que nunca va a perderse, hasta la desilusión, (...), va de la dependencia a la independencia. (Blinder et.al., 2004, p. 80-81).

El objeto transicional es un objeto cercano, que debe dar sensación de calor, (la punta de la manta, un peluche, un trapito, etc.), es la primera posesión del niño, que le permite controlar la ansiedad ante la separación de su madre, no es su madre. Es un objeto que el niño va dejando a medida que se desarrollan los intereses culturales, lo que da cuenta de un movimiento en la estructuración. Aunque el niño haya dejado el objeto transicional puede volver a él cuando se sienta triste o angustiado. (Winnicott, 1979).

Por su parte, Anzieu (2007) va a conceptualizar en las fronteras de ese espacio, que para Winnicott es el espacio transicional, el "yo piel" y el espacio de afuera un esbozo de yo, con el que se irá relacionando, y descubriendo otros límites y posibilidades. Este autor considera el concepto de "yo -piel" como un entorno que rodea al niño con una envoltura libidinizante, a partir de las experiencias en la superficie del cuerpo. Así como la piel es el límite del cuerpo con el afuera, el "yo piel" sería el límite de la psiquis, del yo con el afuera. Dice que el niño cuando se embadurna al comer, o se pasa tierra por la cara, está construyendo su cuerpo y constituyendo el "yo piel", reconociendo sus límites, y cuando se le impide al niño ensuciarse y realizar estas experiencias, luego se traducen en dificultades para

establecer los límites entre el adentro y el afuera, queda sin protección, en carne viva, sin límites. El “yo- piel” contiene el psiquismo, gracias a las funciones de holding y handling materno como refiere Winnicott. La madre protege al niño de los estímulos externos e internos (Rêverie), hasta que el niño logra hacerlo por sí mismo. A partir de las experiencias en el cuerpo, el “yo piel” va inscribiendo huellas sensoriales en el psiquismo.

3.6. Apego y figura de apego

Bowlby (citado en Delval, 2002), en su teoría del apego plantea, “la relación con los otros es una necesidad primaria”, que “se establece al margen de la alimentación y la satisfacción de otras necesidades”, y “tiene un importante valor para la supervivencia de los individuos”. (Delval, 2002, p. 189-190).

Este autor, observó que el recién nacido experimenta una tendencia natural a crear lazos afectivos con quien lo asiste, en general es predecible que se aproxime y mantenga el contacto con una persona adulta, diferenciada y que es considerada como más fuerte y/o más sabia, y que se ocupa de sus cuidados, a la que sigue y adhiere y si se queda solo o con personas extrañas protesta y se angustia. El bebé reacciona a los estímulos del medio ambiente (madre), o internos con “conductas señaladoras”, como el llanto, la risa, los movimientos corporales o la calma. Estas conductas le permiten establecer y mantener el contacto. El comportamiento de apego se activa cuando el niño está cansado, con hambre o experimenta la extrañeza frente al medio, en las separaciones o ante el peligro y se desactiva cuando vuelve a ver, oír o encontrarse con su madre o figura de apego.

“El sujeto en sus relaciones con las figuras de apego, construye un modelo del mundo y de él mismo, a partir del cual actúa, comprende la realidad, anticipa el futuro y construye sus planes.” (Delval, 2002, p. 195). Es decir, el vínculo de apego permite al niño confiar en el medio y en sí mismo para explorar el mundo o por el contrario volverlo desconfiado.

Los trabajos de Bowlby (citado en Delval, 2002), fueron continuados por Ainsworth (citado en Delval, 2002), quien define tres tipos de apego, basándose en las manifestaciones del niño frente a las separaciones.

El apego seguro, sería el tipo de relación que puede establecer una madre receptiva y sensible dispuesta a responder a las necesidades de su bebé. Ante la separación de su madre, el niño reacciona angustiándose, pero cuando ésta regresa,

manifiesta conductas positivas hacia ella, se calma, alegra y juega, buscando el contacto. (Delval, 2002).

El apego ansioso- evitativo, se observa en el niño que no llora al separarse de su madre, y cuando ésta regresa, evita el acercamiento, o desvía la mirada. Pueden mostrarse más amigables con extraños. En general se trata de madres insensibles o rechazantes frente a los pedidos del niño. (Delval, 2002).

El apego ambivalente se observa cuando el niño reacciona fuertemente a la separación de la madre. Presentan conductas ansiosas, rabia, llanto, pueden mostrar indiferencia o buscar el contacto. (Delval, 2002).

El apego es el vínculo (relación), propiamente dicho, se va construyendo, es un proceso que pasa por diferentes fases, persiste en el tiempo y se mantiene en la separación y la distancia. La figura de apego se mantiene durante gran parte de la vida. En cambio, las conductas son las manifestaciones visibles del apego que favorecen la proximidad y el contacto y que hace posible evaluar el tipo de apego establecido. Las emociones más intensas surgen durante la formación, mantenimiento y ruptura de las relaciones de apego. (Delval, 2002).

Dio Bleichmar (2013), diferencia: apego y relación; se refiere a madres que se vinculan afectivamente con su bebé, pero en la relación son exigentes, demandantes, se frustran no consiguen regular sus emociones.

Bender, Erickson (citados en Lebovici, 1995) estudian la relación entre el proceso de apego y el establecimiento de la dependencia y observan que:

El bebé presenta problemas con sus expectativas relacionales, si las experiencias vividas en el seno de la relación padres-niño no le han dado la certidumbre íntima de que sus necesidades de dependencia pueden ser adecuadamente satisfechas. (p.19)

Fraiberg (citado en Lebovici, 1995), “sostiene que cada acto de amor implica un prólogo cuyo origen se sitúa en el transcurso del primer año de vida”. (p.19).

“La relación parento-filial establece tanto la emergencia y el desarrollo como la inhibición y el déficit de las funciones psíquicas del niño”. (Dio Bleichmar, 2013, p. 18).

Para el recién nacido no alcanza con ser alimentado, también necesita del cuidado, la proximidad, el contacto con la piel, el olor, la mirada, la voz, establecer un lazo afectivo, un apego seguro y para eso la madre o quien lo asiste debe estar disponible.

3.7. La vivencia de satisfacción y los procesos del psiquismo

Para el psicoanálisis todo comienza con la vivencia de satisfacción. Cuando el bebé nace y siente hambre se produce una tensión interna que se origina en lo somático plantea Freud (1886/1986), en el Proyecto de Psicología para Neurólogos, donde describe la vivencia de satisfacción y la vivencia de dolor. Cuando la boca del niño toma contacto con el pecho materno y es alimentado, la tensión disminuye y experimenta la primera vivencia de satisfacción. Comienzan a inscribirse las primeras huellas mnémicas en el psiquismo incipiente del niño.

A esta satisfacción de la necesidad se le agrega el contacto con la piel de la madre, su olor, su calor, esto le produce un plus de placer, que lo lleva a querer repetir esta experiencia, y reproduce el chupeteo en el aire (fantasía). El bebé alucina y se provoca placer dando origen al deseo.

Cuando vuelve a sentir hambre aumenta la tensión interna, si la madre demora en alimentarlo, experimenta dolor y esto le provoca displacer. El bebé entonces intenta evitar el sufrimiento que le produce la no satisfacción, dando lugar a la represión primaria o primera defensa.

Freud (1905/1996), en “Tres ensayos de Teoría sexual”, se refiere a la succión con los labios en el aire, o una parte de su propia piel, como una exteriorización de la sexualidad, que “se rige por la búsqueda de placer-ya vivenciado y ahora recordado”, que no tiene por fin la nutrición y que puede mantenerse a lo largo de toda la vida. (p. 163-164).

Al principio la sexualidad es autoerótica. La pulsión no está interesada en el otro sino en el propio cuerpo. Nace apuntalada en la función corporal, (alimentación), que sirve a la conservación de la vida y su meta sexual está gobernada por la zona erógena, (boca- fase oral) y solo más tarde se independiza de ella. Las zonas erógenas son partes del propio cuerpo, que van cobrando importancia según la fase psicosexual por la que está atravesando el niño. (Freud, 1905/1996).

El narcisismo primario se origina en “el renacimiento y reproducción” del narcisismo de los padres. Se puede ver en la actitud tierna de los padres, en el vínculo afectivo con sus hijos, donde tienden a sobreestimar sus virtudes y a olvidar sus defectos. Tienden a suspender frente al niño, las conquistas culturales que debieron aceptar a costa de su propio narcisismo y renovar la esperanza de ver realizados en el hijo, los deseos a los que se renunció hace tiempo. (Freud, 1914/1976).

En la vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos” dice este autor, se encuentran rasgos de “sobreestimación del poder de sus deseos y de sus actos psíquicos, “la omnipotencia de los pensamientos”,..., y una técnica dirigida al mundo exterior, la “magia”. “Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos, empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a la investidura de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite. (Freud, 1914/1976, p. 73).

Para que el yo se desarrolle debe distanciarse del narcisismo primario, desplazando la libido a un ideal del yo, que se impone desde afuera, logrando la satisfacción mediante el cumplimiento de este ideal, dando lugar al narcisismo secundario. Este distanciamiento origina un intenso deseo de recobrarlo. (Freud, 1914/1976).

Por su parte Aulagnier (1993), desarrolla la noción de “violencia primaria”, violencia necesaria para el desarrollo de la psiquis, que se ejerce en el encuentro madre-hijo, como un comportamiento materno “normal” para el funcionamiento del yo futuro.

La acción mediante la cual se le impone a la psique de otro una elección, un pensamiento o una acción motivados en el deseo de quien lo impone, pero que se apoyan en un objeto que corresponde para el otro a la categoría de lo necesario. (Aulagnier, 1993, p. 36).

Alude con violencia primaria, a las acciones y pensamientos que llevan a la madre a “codificar” las necesidades del niño. Ella va tomando acciones apoyándose en lo que piensa que el otro (su hijo) necesita, con el deseo de asistirlo y calmarlo. Aulagnier (1993), habla de “codificar” y no de “decodificar” como hacen otros autores, basándose en este no conocimiento de lo que el niño necesita cuando llora y donde ella anticipa la respuesta. La madre de a poco va a ir reconociendo en su bebé las diferentes tipos de llantos, los movimientos y entre los dos van a ir construyendo el vínculo.

La violencia primaria ejercida por el efecto de anticipación del discurso materno se manifiesta esencialmente a través de ese ofrecimiento de significación que tiene como resultado hacerle emitir una respuesta que ella formula en el lugar y el sitio del infans. (Aulagnier, 2010, p. 307).

Janin (2011), se refiere a las identificaciones primarias y como el niño puede quedar atrapado en ellas, cuando se lo rotula por ejemplo como “el genio o el terrible”, ya que todavía el niño “no puede oponer enunciados identificatorios propios a los que se proyectan sobre él”. (p.25).

Por identificación primaria se constituye el yo de placer purificado, (...) regido por el principio de placer, (...) es agente de las pulsiones, pero se opone a ellas por ser una organización. Como "yo corporal" implica la articulación de las zonas erógenas y a la vez se funda en una identificación primaria en la que se "es" el otro. El amor es acá incorporación de lo placentero. (Janin, 2011, p.24).

En la identificación primaria confluyen la imagen idealizada de la madre, (estadio del espejo), la imagen de sí que recibe al mirarse en los ojos de la madre y la representación que tiene de sus padres de acuerdo a como ellos se ven a sí mismos. (Janin, 2011).

"Se forma así una imagen de sí en la que quedan sobre impuestos representaciones de otros (antepasados, figuras significativas, etc.) a través de las cuales el niño recibe un determinado "ser". "El niño queda atrapado en el "ser" que los otros le proponen". (Janin, 2011, p.25).

Al principio el bebé percibe el mundo a través de los órganos de los sentidos, el contacto con la piel del cuerpo de la madre, el encuentro boca-pecho, el olor, la voz, la mirada, son todas percepciones que el niño va inscribiendo en su psiquis como imágenes.

Piera Aulagnier (1993), concibe la constitución del psiquismo a través de tres procesos: el proceso originario, el proceso primario y el proceso secundario. En el proceso originario, la actividad representativa es el pictograma, el cual consiste en imágenes que se inscriben acompañadas del placer-displacer del afecto presente en el encuentro. Esta autora se refiere a los pictogramas de fusión, cuando hay atracción y placer mutuo entre la psique y el mundo, y a los pictogramas de rechazo, donde se revela el sufrimiento y puede derivar en odio y deseos de aniquilamiento del cuerpo y del mundo.

El proceso originario comienza en el "encuentro inaugural", donde la psique y el mundo (lo exterior a la psique) se encuentran frente a frente. Primero la psique encuentra el espacio bajo la forma de dos fragmentos representados por su propio espacio corporal y por el espacio psíquico de los que lo rodean, en especial el espacio psíquico materno. La psiquis del hijo y la madre se encuentran. (Aulagnier, 1993).

"El encuentro se opera, así, entre la actividad psíquica y los elementos por ella metabolizados, que la informa acerca de las "cualidades del objeto que es causa de afecto". (Aulagnier, 1993).

Para que el proceso originario, de lugar al proceso primario necesita de un otro que sostenga y traduzca, un adulto que pueda fantasear y pensar habilitando nuevas lógicas.

El proceso primario, se caracteriza por las representaciones-cosas, cuyo origen se encuentra en la alucinación del pecho, la succión en el aire entendida por Freud, como “percepción sin objeto”. La actividad representativa es la fantasía. El proceso primario se rige por el principio de placer y las representaciones por las leyes de condensación y desplazamiento propias de lo inconsciente. (Aulagnier, 1993).

El proceso originario, el proceso primario y el proceso secundario son consecutivos y una vez que se accede a ellos, siguen funcionando los tres a la vez. Mediante estos el niño desarrolla la capacidad de pensar, de simbolizar. El acceso al lenguaje y el juego indican que el niño alcanzó el proceso secundario, cuya actividad representativa es el símbolo.

Según Janin, (2011), Las vivencias dejan marcas, se inscriben, van armando redes representacionales, pero para ser traducidas necesitan de otro que no solo calme la necesidad, y “brinde placer, sino que además signifique lo vivenciado”. (p.22), y así el niño no queda sujeto a sensaciones y urgencias sin sentido, evitando la huella que tiende a desinvertir.

“El aparato psíquico no está constituido de entrada. Las pulsiones sexuales, el yo, las defensas, el superyó y el ideal del yo, se constituyen en una historia vincular”. (Janin, 2011, p.18).

3.8. El rol de la mirada

Myrtha Casas (2001), realiza un estudio del estadio y la función del espejo en base a los desarrollos de Freud, Lacan y Winnicott, como un acontecimiento estructurante, donde los tres autores le atribuyen importancia a la presencia del otro en la constitución del yo.

Freud (1914, citado en Casas, 2001) en Introducción al Narcisismo, concibe que el yo se forma por identificación de adentro hacia afuera y dice que esto constituye “un nuevo acto psíquico”.

Lacan (citado en Casas, 2001) retoma este concepto de Freud (1914) y plantea con “el estadio del espejo”, que el yo se constituye “a través de la imagen propia y “ajena en un una relación especular”, (...) “de afuera hacia adentro”. Se refiere al

reconocimiento que realiza el niño en el espejo, donde “el bebé sonrío a la sonrisa de la madre”, ésta lo inviste libidinalmente al mirarlo mirarse y el bebé queda fascinado, se anticipa en la imagen del otro, “lo que no puedo realizar ahora”, “lo veo realizar en el otro”, “evidenciándose el investimento libidinal del que lo mira mirarse”. Lacan (citado en Casas, 2001), dirá que: “La libido es la condición misma de la identificación simbólica”. “El niño vuelve la mirada hacia el rostro de la madre que lo mira mirarse en el espejo, posibilitando la matriz simbólica del yo”. (Casas, 2001).

Winnicott (1979), por su parte integra el concepto del “estadio del espejo” como formador de la función del yo, para demostrar la importancia de la mirada en el desarrollo emocional del niño. Propone que el precursor del espejo es el rostro de la madre y de la familia. Cuando el bebé mira el rostro de su madre se ve a “sí mismo” en su reflejo. Y lo que ve de sí mismo, va a ser diferente, según sea el estado de ánimo de la madre o “la rigidez de sus propias defensas”. (p. 147-148).

Myrtha Casas (2001) manifiesta, que lo constitutivo para el niño, es el deseo inconsciente de los padres sobre el hijo para “que él o ella sean ellos mismos”, “sin intrusiones, sin capturas apropiadoras o indiferencia”. Para esta autora, Winnicott se refiere a los efectos del deseo inconsciente de los padres cuando dice que: “se requiere ser mirado con una mirada de aceptación”. “No alcanza el amor, se precisa el reconocimiento (que implica la separación), y este emerge en la mirada, en su tono de voz, o en el calor de sus brazos que lo acunan, pero especialmente en la mirada y la voz.”

Esta autora, refiriéndose al proceso de identificación en la alienación originante plantea:

“En esta alienación del sujeto en el otro, el infans se identifica y se experimenta y comienza entonces la circulación del deseo: hacerse reconocer, hacerse desear, y desear el deseo del Otro. Imagen, palabra, alimento y cuidados, no expresan sino, el derrotero de la pulsión, en sus distintas modalidades, oral, anal, mirada y voz, a lo que agregamos el contacto, que va dando cuenta de la inscripción representacional inconsciente de ese sujeto sostenido en el deseo del Otro.”

La madre de esta manera pone en juego su forma de amar al hijo, que a su vez va a estar determinada por su deseo, o sea su castración, y su estructura inconsciente.

En tanto se produce la discriminación “no-yo”, la captura especular imaginaria unifica un yo primordial, un yo ideal, que fue precedido por la imagen del otro. De esta

manera se origina la matriz simbólica, el ideal del yo, que alterna con el yo ideal en el proceso de identificación. (Lacan, citado en Casas, 2001).

Casas (2001), destaca la importancia de la agresividad que se instala por la rivalidad con la imagen, ya que hay una tensión entre la imagen que se le presenta y su insuficiencia motora, dando origen a la tensión agresiva con el semejante. Entiende la agresividad como estructurante, y ésta se puede observar a posteriori en la rivalidad fraterna. La imagen es a la vez integradora y una amenaza de fragmentación, “el yo nace a una agresividad ambivalente”.

3.9. Función paterna – función de corte

Otro aspecto estructurante del psiquismo, que implica la separación del niño y su madre como sujetos diferenciados, es la función de corte. Esta función se realiza según Freud con la prohibición del padre, la prohibición del incesto, que separa al niño de la madre introduciéndolo en el complejo de castración y el tránsito por el Edipo. Este es diferente según se trate de un niño o una niña. (Bleichmar, 1984).

Para que esta función se realice adecuadamente, es necesario que la madre dé lugar al padre en su deseo como mujer y lo habilite como tal. Así como también, el padre debe asumir que es él, el encargado de separar al niño de la madre, imponiendo la ley y mostrándole al hijo, que su lugar es al lado de la madre.

Lo ideal es que la función paterna sea realizada por el padre real, pero si este no está presente o se trata de una madre sola, otro referente familiar puede ocupar ese lugar, si es habilitado por la madre para ejercer dicha función. De esta forma el niño comienza a experimentar su complejo de castración y acceder a la independencia.

Casas (1994), reflexiona acerca de la función paterna en el fin del milenio, se pregunta si los cambios estructurales en la familia y en los roles y lugares que ocupan hombres y mujeres, así como el exceso de poder del padre como su déficit, inciden en la función simbólica paterna.

Para esta autora, el borramiento de las diferencias de los sexos y la castración simbólica son piezas importantes, que la función paterna habilita para dar cuenta del sujeto y su estructuración psíquica con el predominio de la represión sobre la desmentida.

Freud (citado en Casas, 1994):

“Crea el lugar de un padre muerto que organiza en esta muerte el pasaje de la horda al clan, de la naturaleza a la cultura, pues se instala allí, la prohibición que da lugar al lazo familiar.” “La trama familiar y sus roles, se decantan en la organización psíquica”.

De esta manera el superyó es la instancia heredera de la relación con el padre o del superyó paterno, dando lugar en la estructura a la genealogía y en el sujeto se produce la identificación como efecto del encuentro con el otro materno y paterno. La articulación inconsciente de la castración simbólica permite el acceso a la diferencia de los sexos en el proceso de identificación. (Casas, 1994). En la castración simbólica se anuda “la función del padre castrando a la madre para que verdaderamente pueda haber acceso a la diferencia de los sexos, dando cuerpo a la estructura edípica en la organización subjetiva del hijo.” (Casas, 1994).

Aquí es la represión que da cuenta del movimiento de estructuración psíquica (Edipo). La función del padre es ordenadora, establece la circulación de los lugares que ocupan los padres en la aventura singular de la organización psíquica. Está sostenida por la ubicación del hombre frente al deseo de la mujer. “El exceso o la carencia de padre provoca defectos en la eficacia simbólica de la función paterna”. (Casas, 1994).

La identificación hombre-mujer se realiza “con los rasgos del padre y sustitutos paternos para el varón, de la madre y sustitutos maternos para la niña”, en la formación del ideal del yo. “Es un modo de surgir el amor”, “así se ama los trazos, los rasgos (amables), lo que se quiere tener para ser” y va unido al deseo de reencontrar la unidad perdida. (Casas, 1994).

“¿Qué quiere la mujer?”, se pregunta Casas (1994), aludiendo al “más allá del goce fálico de las completudes narcisistas ilusorias”:

“El enigma que la mujer desde lo femenino propone al hombre es fundante de la relación entre los sexos (el amor), así como es también fundante en el sentido de iniciadora (función materna anticipadora) del deseo del hijo.” (Casas, 1994).

Si la pareja rivaliza, en cuanto a quién lo hace mejor, o quién es más importante para los hijos o para los roles, se produce un trastorno en la función paterna. Cuando la mujer habilita al padre reconoce entonces su propia castración. Es de la estructura de ambos que depende que puedan otorgar consistencia al imaginario de los vínculos afectivos sostenidos en lo simbólico.

Es algo que se juega en la pareja, en la relación con el otro y emerge con la palabra del padre, en cómo cada uno reconoce al otro diferente y no como rival. Si pervive el ideal fálico de la preeminencia, de la hegemonía o de la autonomía, hay lucha de prestigios y no función paterna. (Casas, 1994).

En suma:

Se precisa de un padre real para que pueda realizarse el duelo por el padre ideal. De esta confrontación con el padre real surge una vía de acceso privilegiada a la castración: la otra vía es el fantasma de la madre castrada por el padre. Ambas vías configuran en su conjunto la trama novelada, imaginaria. Imprescindible para procesar la castración simbólica. (Casas, 1994).

Estos cambios en el lugar de la mujer necesariamente tocan el lugar del hombre y se “podría recaer en una autonomía llevada a los extremos, en un ejercicio bizarro de la puesta de límites o en la falta de referentes que señalen lo imposible.”(Casas, 1994).

4. Avatares no resueltos y sus consecuencias

Lo indagado anteriormente establece lo esperable en el vínculo madre-hijo, en la tríada (madre-padre-hijo), para que el niño pueda constituirse como sujeto; desarrollarse psico-emocional y socialmente, alcanzar la autonomía relativa, su capacidad creadora, con confianza y seguridad para constituir nuevos vínculos, etc.

Cuando lo esperable falla: ¿Qué sucede con el niño?

En la clínica, los padres consultan por niños que manifiestan problemas de conducta, agresividad, inhibición, dificultad en las relaciones con sus pares, falta de límites, problemas de atención, aprendizaje, etc.

De la indagación de la historia vital del niño se puede inferir la modalidad vincular parento - filial, el tipo de cuidados que recibió o no ese niño. Se pueden escuchar enunciados descalificadores, ver miradas que no reflejan, que desaprueban o inhabilitan, madres intrusivas o deprimidas, padres autoritarios o ausentes, padres que rivalizan y se culpan uno al otro por la conducta de su hijo o piensan que el niño es maravilloso y es la maestra la que no sirve. Estas conductas suelen entramarse con situaciones de la vida cotidiana, relacionadas con pérdidas, mudanzas, falta de trabajo, etc.

Por su parte la profundización en la historia de los padres, revela a veces, repeticiones de sus historias infantiles, donde aparece el desamparo, maltrato, entre otras. Otras veces la vida de estas familias está poblada de carencias tanto afectivas como materiales, se ven enfrentados a hechos que condicionan su accionar, y estos podrían potenciar los avatares del amor, que luego derivaría en situaciones de desamparo para el niño.

En la clínica de niños plantea Janin (2011), se pueden presentar niños con trastornos en la constitución del psiquismo, dificultades en la subjetivación, que incluye en su producción a varios individuos, y son efecto de movimientos defensivos tempranos, estados de terror, deseos contradictorios, identificaciones, prohibiciones, externos-internos al aparato psíquico del niño. Por eso es necesario pensar en el valor de las vivencias tempranas, los rastros que dejan, y los recorridos que abren. También los niños pueden presentar síntomas neuróticos (conflicto intrapsíquico), como una formación de compromiso entre el deseo y lo reprimido.

Si la madre no logra el estado de “preocupación maternal primaria” como plantea Winnicott (1979a) ya sea por su propia historia, ya sea porque tiene otras preocupaciones que la acucian, como puede ser un duelo, depresión, miedo de su capacidad como madre, etc., o “si tiene una identificación fuertemente masculina”, (p. 408), se frustra, se aterra, o se deprime y reacciona al llanto del niño de manera inadecuada, si esto se repite, atenta contra la continuidad existencial del niño.

Los fracasos maternos producen fases de reacción ante los ataques y estas reacciones irrumpen la continuidad existencial del pequeño. Cualquier exceso en tales reacciones produce, no la frustración sino la amenaza de aniquilamiento. (Winnicott, 1979a, p. 409).

Si el niño llora y es rechazado por el otro, “el displacer se trueca en dolor y el dolor en terror insoportable, con lo que se establece un circuito tanático desinscriptor y desligador.” (Janin, 2011, p.17).

“El amor materno es vivido como fusión con el otro, y el rechazo materno, como un rechazo a sí mismo”. (Janin 2011, p.20).

Cuando el bebé mira y ve el rostro de su madre, no el suyo propio, hay etapas que se detienen, comienza a atrofiarse la capacidad creadora y el bebé comienza a buscar afuera, que el ambiente le devuelva algo de sí. Estudia al objeto buscando algún significado. Mientras que otros ante el desamparo, y dada su precariedad, aprenden, a predecir el estado de ánimo de su madre, mirando su rostro. En estos casos el niño puede sentirse amenazado, retirarse, y no mirar, salvo para percibir a manera de defensa. (Winnicott, 1979).

“Este niño que no tiene un espejo en el cual mirarse, es candidato a desconfiar de los futuro espejos”. (Winnicott, 1979, p.149).

Que algo pueda separarse, implica que antes haya estado unido. Al principio el infans es uno con su madre, está indiferenciado. Para lograr la discriminación, la separación yo, no-yo, como vimos anteriormente es relevante la calidad del vínculo madre-hijo, y las características psíquicas y emocionales de la madre. Las características de esa unión es posible que determinen el éxito o el fracaso de la separación.

El niño “dispone de la omnipotencia, de la negación, de la desmentida para manejarse con la frustración, la privación, y la castración. El mal encuentro con la función materna fallan-te, promueve la adhesión al otro para no enfrentarse a la

angustia ante la ausencia.” “La frustración,..., determina tanto la estructura normal como desencadena sus fallas”. (Casas, 2001).

Según Arfouilloux (1986):

Renunciar a ser el objeto del deseo del otro es sin duda lo más difícil en el trabajo de separación. Caer de ese sitio de niño maravilloso, de complemento narcisista que se creía indispensable para el otro, es en cierta forma, perderse al perder al otro. (p.97).

“Cuando el hombre toma conciencia de “ser” separado del “otro”, que hasta ahora concebía como parte de su “sí mismo”, se angustia”. (Fromm, 1980, p. 27).

Renunciando “a uno mismo y al objeto”,..., “se adquiere la capacidad de estar solo en ausencia del otro” como decía Arfouilloux (1986). Pero la presencia materna puede ser excesiva aportando estímulos sin parar, de los que el niño no puede huir, entonces se borran los límites y no se establece la diferencia adentro-afuera. Por ejemplo, si la madre “grita sin parar o alimenta permanentemente”, estalla y se desborda, en lugar de hacer de filtro metabolizando los estímulos externos (Rêverie) y protegiéndolo de los desbordes internos, el niño queda a merced de lo propio y lo ajeno. Esto puede manifestarse en el niño con movimientos indiscriminados ya sea ante estímulos internos o externos. (Janin, 2011).

A su vez la madre mediante palabras, gestos y miradas le ofrece al niño un mundo codificado por ella, le da un lugar que puede corresponder en su fantasmática al hijo incestuoso de su padre, como reedición de sí misma, etc., será alguien para el que “se sueñan proyectos o puede ser parte del proyecto materno” “él ya lo es todo”, develando el narcisismo parental en juego, “constituyéndose como yo ideal, identificado con la imagen omnipotente de los padres”. (Janin, 2011, p. 23). “Encarnar el ideal de perfección y omnipotencia”, es una meta “que reaparecerá a lo largo de la vida, particularmente en las relaciones amorosas”. (Janin, 2011, p. 24).

Si un niño debe tener valor fálico, ser maravilloso para los padres, un déficit en el caudal de libido idealizadora, acarreará una organización defectuosa del yo como yo ideal. Y una estructuración narcisista endeble requerirá permanentemente un funcionamiento defensivo para sostenerse. (Janin, 2011, p. 25).

Cuando no hay espacio para un pensar diferente al materno, (violencia secundaria, Aulagnier, 2010), el niño puede quedar “ubicado como tacho de basura de angustias no tramitadas de sus padres”, presentando dificultades para simbolizar, denunciando con su cuerpo (psicosomáticos), el estado psíquico de aquellos. (Janin, 2011, p. 17).

La violencia secundaria se apoya en la violencia primaria, pero ya no pertenece a la categoría de lo necesario para la organización de la psiquis del niño, sino que representa un exceso desestructurador para el funcionamiento del yo. La violencia secundaria se ejerce contra el yo. Representa un abuso de poder que a veces se esconde bajo “los calificativos de “necesario” y “natural”” (Aulagnier, 2010, p.306), del que la ejerce y pasando desapercibida por el que la recibe.

En un psiquismo que está en vías de estructuración, “un mismo hecho puede ser vivenciado de un modo diferente de acuerdo con el momento de estructuración psíquica en el que se encuentre el niño, con la historia previa, y con el estado anímico de los que lo rodean.” (Janin, 2011, p.19).

Por ejemplo: “la “falta de atención “puede estar ligado a un proceso de duelo, a una retracción en la fantasía, al predominio de la desmentida, a dificultades en la constitución en la pulsión de ver, entre otras posibilidades.” (Janin, B. 2011, p17).

Cuando el otro no representó un sostén con quién identificarse, el niño puede vivir sus deseos como peligrosos y esto manifestarse como un “deseo de no deseo”. “El dolor excesivo puede determinar una desestimación del sentir mismo, una expulsión del registro afectivo, o una desmentida del pensamiento doloroso. (Janin, 2011, p. 18).

Casas (2001), entiende “el desamparo psíquico como la dificultad en un momento dado de disponer de la capacidad de simbolización”. Cuando el niño se angustia y no dispone de símbolos, “estalla en actos”, representando en estos momentos el máximo desamparo.

Esta autora también encuentra en la clínica, trastornos en la función paterna que pueden derivar en trastornos en el niño.

Cuando la mujer no reconoce el lugar simbólico del padre, esta falla simbólica en la estructura femenina determina una función materna agujereada, que unida a la función paterna debilitada, incide cada vez más en la generación de patologías en la infancia y la adolescencia. Casas (1994).

5. Consideraciones finales

Después de realizada esta indagación bibliográfica acerca de los avatares del amor en la infancia, se revela la importancia de los vínculos primarios en la estructuración psíquica y el desarrollo emocional del niño, así como la importancia de las características psíquicas y emocionales de los padres para realizar sus funciones.

Cuando el niño nace se reeditan las vivencias como hijos de sus padres, si estos no contaron con la presencia de una madre amorosa, es posible que ahora tampoco cuenten con el apoyo de ésta y vuelvan a sentir la indefensión, lo que podría dificultar la construcción del vínculo parento - filial. Si la madre está deprimida o fue abandonada puede ver al niño con indiferencia o hacerlo depositario de su enojo, etc. La madre debe haber aceptado la castración, y habilitar al padre en su pensamiento para que, ejerza su función. Debe tener claro que en esa separación todos se transforman, aprenden, y crecen. Esto va a permitir que ese niño cuando adulto elija su objeto de amor desde el amor y pueda continuar legando a sus hijos lo aprendido y experimentado, y así indefinidamente.

Por lo tanto, es fundamental tener en cuenta la historia vital y libidinal tanto de sus padres como la del niño, y en éste en particular desde la concepción hasta el presente, así como también los sucesos importantes de su realidad actual. Se requiere de por lo menos un otro que ampare, sostenga, que mire con aceptación, que sea un espejo en el cual reflejarse, y que traduzca lo que el niño no puede metabolizar, para que éste se convierta en un sujeto de deseo, y no se vea amenazada su continuidad existencial. De esta manera es posible comprender qué sentido tiene lo que expresa mediante su conducta o su dificultad.

El deseo-no deseo de los padres se trasmite al bebé durante su gestación, y de esta manera lo anticipan, otorgándole un lugar en la trama familiar. A esto se le suma la transmisión transgeneracional, los conflictos no resueltos, los no dichos, los silencios, así como los logros, de los ancestros que insisten en el niño esperando ser resueltos. De manera, que es importante tener en cuenta en la clínica las historias familiares anteriores y ver si algo de lo que manifiesta el niño tal vez pueda ser relacionado a los avatares del amor sufridos por sus antepasados.

El niño llega a la consulta de mano de sus padres o tutor o derivado por alguna institución, no por su propia iniciativa, por lo que algo está molestando en la familia, o en la escuela que promueve la consulta, y suelen no tener en cuenta el sufrimiento del niño.

Su comportamiento puede estar expresando entre otras cosas, las carencias de los padres para aproximarse y brindarse al niño con amor, sus dificultades para dosificar la ausencia-presencia necesaria para la discriminación, o puede deberse a situaciones de la vida cotidiana, entre otras.

Si como dice Lacan (citado en Roldán, 1999), toda demanda es siempre una demanda de amor, es posible pensar que algo falló en el encuentro-desencuentro con los padres, que no dio seguridad y certeza de contar con ese amor, favoreciendo la desconfianza, la sensación de indefensión y desamparo propias del recién nacido y que puede continuarse en el niño o incluso en el adulto.

Ahora bien, los afectos, el amor o el desamor que los padres sienten por su hijo, que inspiran tanto su cuidado como el abandono, la protección como la negligencia, atraviesa todas las clases sociales, épocas y culturas. Si bien el amor se origina a partir de los cuidados infantiles, también puede verse afectado por hechos imprevistos o sucesos inesperados que pueden afectar los avatares del amor, los encuentros y desencuentros que luego pueden derivar en vivencias de desamparo para el niño.

Todos los aspectos mencionados, tanto transgeneracionales, vinculares, y socio-culturales, hacen a la estructuración de la psiquis y al desarrollo emocional del niño y van a estar signados por los avatares del amor y/o sus desventuras.

Pensar la clínica desde la complejidad, implica tener en cuenta ante la consulta por un niño, que éste pertenece a una familia, a una sociedad y una época que lo precede y que lo atraviesa, produciéndolo y sujetándolo, en la cual él deviene sujeto productor de subjetividad a partir de ser y estar con otros.

Desde este lugar el enfoque vincular resulta interesante, ya que toma en cuenta lo que sucede en lo intrasubjetivo, lo intersubjetivo y en lo transubjetivo, y así es posible visualizar claramente a qué mundo pertenece su conflicto, y no quedar sujeto solo a sus vivencias infantiles.

La clínica de niños como dice Janin (2011), implica estar dispuesto a escuchar a los padres y al niño, a preguntar y preguntarse cuales son los conflictos en juego, como incide el funcionamiento psíquico de los padres, que defensas se han estructurado, si las fallas corresponden a la libidinización, a la organización deseante, a la organización yoica, a la simbolización.

De esta manera, ayudarlo a pasar del acto y el movimiento desorganizado o de la inhibición, al juego, al dibujo, a la palabra. Ayudarlo a crear representación allí donde no la hay, posibilitar nuevas identificaciones, nuevos espejos en los que reflejarse, nuevas miradas donde verse a sí mismo. Aprender que el amor que recibió no es el único posible, hay una esperanza, un nuevo modelo del mundo, hay otra forma de “dar lo que no se tiene”,... porque en esa creación se obtiene lo que no se tuvo.

El hecho de que los seres humanos sean crías destinadas a humanizarse en la cultura marca un punto insoslayable de su constitución: la presencia del semejante es inherente a su organización misma. En el otro se alimentan no solo nuestras bocas sino nuestras mentes; de él, recibimos junto con la leche, el odio y el amor, nuestras preferencias morales y nuestras valoraciones ideológicas. El otro está inscripto en nosotros, y esto es inevitable. (Bleichmar, 2010, p. 20).

6. Referencias Bibliográficas.

- Anzieu, D. (2007). El yo piel. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Arfouilloux, J. C. (1986). Niños tristes. La depresión infantil. México: FCE.
- Aulagnier, P. (1993). La violencia en la interpretación. Bs. As.: Amorrortu editores.
- Aulagnier, P (2010). Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión. Bs. As.: Paidós.
- Berenstein, I. (2004). Devenir Otro con Otro(s). Bs. As.: Paidós.
- Berenstein, I. (2008). Del Ser al Hacer. Bs. As. Paidós
- Bion, W. (1966). Aprendiendo de la experiencia. Bs. As.: Paidós.
- Bleichmar, H. (1984). Introducción al estudio de las perversiones: La teoría del Edipo en Freud y Lacan. Bs. As.: Nueva Visión.
- Bleichmar, S. (2010). La subjetividad en riesgo. Bs. As.: Topia editorial.
- Blinder, C., et. al. (2004). Clínica psicoanalítica con niños. Madrid: Síntesis.
- Casas de Pereda, M. (1988). El desamparo del desamor. Revista uruguaya de psicoanálisis.
Recuperado de: <http://www.apuruguay.org/apurevista/1980/1688724719886704.pdf>
- Casas de Pereda, Myrtha, (1994). Función paterna en la familia en este fin de milenio.
Revista uruguaya de psicoanálisis.
Recuperado de: <http://www.apuruguay.org/apurevista/1990/168872471994798007.pdf>
- Casas de Pereda, M. (2001). En torno al rol del “espejo”: Winnicott, Lacan, dos perspectivas.
Recuperado de: http://www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro4/myrta_casas.htm
- Delval, J. (2002). El desarrollo humano. España: Siglo XXI.
- Dio Bleichmar, E. (2013). Manual de psicoterapia de la relación padres e hijos. Bs. As.: Paidós.
- Flesler, A. (2007). El niño en análisis y el lugar de los padres. Bs. As.: Paidós.
- Freud, S., (1986). Proyecto de Psicología para Neurólogos. Obras Completas: Sigmud Freud (Vol. 1. pp. 323-446). Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1886-1899).

- Freud, S. (1996) Tres ensayos de teoría sexual. Obras Completas: Sigmud Freud (Vol. 7, pp. 111- 222). Bs. As. Amorrortu (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1976). Introducción al Narcisismo. Obras Completas: Sigmud Freud (Vol. 14, pp. 67- 96) Bs. As.: Amorrortu (Trabajo original publicado 1914).
- Freud, S. (1986b). Pulsiones y destinos de pulsión. Obras Completaas: Sigmud Freud (Vol. 14, pp 107-134) Bs. As. : Amorrortu (Trabajo original publicado en 1915).
- Fromm, E. (1980). El arte de amar. Bs. As.: Paidós.
- Janin, B. (2011). El sufrimiento psíquico en los niños: psicopatología infantil y constitución subjetiva. Bs. As. : Noveduc.
- Jaroslavsky, E., Morosini, I. (2012) El vínculo en psicoanálisis. Psicoanálisis & intersubjetividad N° 6
Recuperado de: <http://www.intersubjetividad.com.ar/website/articulo.asp?id=242&idd=6>
- Laplanche, J., Pontalis, J. (1983). Diccionario de psicoanálisis. Barcelona: Labor
- Lebovici, S.; Weil-Halpern, F. (1995). La psicopatología del bebé. España: Siglo XXI.
- Krakov, H., Pachuk, C. (1998). Diccionario de psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares: Tres espacios psíquicos Bs. As. : Del Candil.
- Morin, E. (1998). Introducción al Pensamiento Complejo. España: Gedisa.
- Ortigués, M., Ortigués, E. (1987). Como se decide una psicoterapia de niños. Barcelona: Gedisa.
- Rodulfo, M. (2005) La clínica del niño y su interior: un estudio en detalle. Bs. As. : Paidós.
- Roldán, A. (1999). La demanda es siempre demanda de amor.
Recuperado de: http://arturoroldan.salvatierra.biz/la_demanda.htm
- Viñar, M. (1997). Sobre tiempo, relato, y terror. Diálogo con historiadores.
Recuperado de: <http://www.psicanalisedownload.files.wordpress.com/2012/08/sobretiempo1.pdf>
- Winnicott, D. (1979). Realidad y Juego. Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1979 a). Escritos de pediatría y psicoanálisis. Barcelona: Laia.
- Winnicott, D. (1980). La familia y el desarrollo del individuo. Bs. As.: Hormé.